

Hans Küng

Jesús

Trotta, Madrid, 2014, 215 pp.,
ISBN: 978-84-9879-505-9.

Con el teólogo Hans Küng se tiene la certeza de ir a una lectura segura, a un producto de reflexión madura que nunca defrauda. Y esto es lo que acontece con su texto “Jesús”, publicado por la Editorial Trotta en 2014, aunque el original apareciera en lengua alemana en el 2012 (München / Zürich: Editorial Piper). En siete capítulos Küng busca acercar al lector al personaje Jesús: a ese “desconocido Jesús terreno”. El punto de partida para comprender y experimentar a este hombre, que entiende el autor como un acercamiento verdaderamente situado, no es el ser divinizado y dogmatizado presente en las afirmaciones de fe de la Iglesia, sino el sujeto de la historia. Se trata de la vieja discusión metodológica y material-formal entre las llamadas cristologías descendentes y ascendentes, que es revitalizada aquí por el autor, en una radical opción por esta última, por una Jesuología *desde abajo*, en la medida en que, para Küng, el cristianismo no nace de una idea o un dogma, sino de la experiencia concreta y kerigmática de la vida, el mensaje, las acciones, la muerte y la resurrección de Jesús: “la esencia del cristianismo no es un contenido dogmático abstracto o una doctrina general sino, desde siempre, una figura histórica viviente, Jesús de Nazaret” (p. 10).

¿Por qué se interesa Küng en ilustrarnos sobre la vida terrena de Jesús, al ser un tema tan trajinado por la exégesis histórico-crítica del Nuevo Testamento, y por la llamada tercera búsqueda del Jesús histórico? La motivación, más que adentrarnos en los estudios exegéticos neotestamentarios, es eclesiológica y la

encuentra el autor en la distancia, que considera existe, entre la imagen del Jesús real que vivió en el Israel del siglo I y la percepción del Cristo representada por la Iglesia institucional, ya sea de “cuño biblicista-protestante, autoritario-romano-católico o tradicionalista-oriental-ortodoxo. [...] Justamente mi crítica a la Iglesia, como la de tantos cristianos, proviene del dolor por la discrepancia entre lo que fue este Jesús histórico, entre lo que anunció, vivió, peleó y padeció, y lo que hoy día representa la Iglesia institucional y su jerarquía. Esta discrepancia a menudo ha crecido hasta hacerse insoportable” (*Idem*).

Así planteada la preocupación fundamental para el libro (acápite introductorio *Cómo me acerqué a Jesús*), el primer capítulo, intitulado *Lo peculiar del cristianismo*, explica la relación signifiante-significado de la palabra *cristiano* como aquella activación de un “recuerdo que resulta peligroso y liberador”, un “recuerdo inquietante” del que dan testimonio relatos judíos, paganos y del cristianismo primitivo; el recuerdo de un tal Jesús, a quien la fe cristiana confiesa como el Cristo, y quien constituye la peculiaridad “decisiva, determinante y normativa” para las relaciones trascendentales, interhumanas y sociales. Esta centralidad de Jesús leída en la era tardo-moderna, implica que el cristianismo no puede simplemente repetir dogmas cristológicos ya conocidos, sino que tiene que “activar el recuerdo de Jesús en cuanto *determinante último*, o sea, al activar el recuerdo de Jesús el Cristo, no simplemente de Jesús como uno de los hombres decisivos” (p. 19). El autor rememora, en esa línea, a un personaje que no es mito, que tiene una historia localizada y concreta, pero que es más que mera biografía, en la medida en que aquellos textos que narran al acontecimiento Jesús y su mensaje (bueno y alegre: “*eu-angelion*”) buscan hacer anuncio, dar testimonio de fe comprometida y comprometedora, y llamar al seguimiento a Jesucristo. Por tanto, en el decir del autor, no se trata de una historia informativo-narrativa, sino también didáctico-pragmática (cf. p. 31).

En el segundo capítulo *El cruce de coordenadas social*, Küng afirma, siguiendo la lógica del capítulo anterior, que la fisionomía del cristianismo tendría que depender necesariamente de quién consideremos nosotros que es Jesús y cuál haya sido su proyecto (preguntas rectoras: ¿quién es Jesús? y ¿qué quería?). A pesar de que tengamos limitaciones en su conocimiento histórico, existen certezas sobre su trasfondo: era judío y su actividad se desarrolló entre y para los judíos. Las preguntas obligadas entonces son: ¿a qué judaísmo pertenecía Jesús?, ¿hace parte del *establishment* o es un revolucionario?, ¿defiende la ley o lucha por su transformación? El autor no duda en responder y argumentar que “Jesús no fue en modo alguno *un hombre del establishment eclesiástico y social*” (p. 34). No tiene

relación con ninguno de los tres grandes grupos de autoridad y poder, los sumos sacerdotes (religión), el *sanhedrin* o consejo supremo de Jerusalén, los escribas (administración y justicia), ni las fuerzas de ocupación romanas (política), lo que ha sido aceptado, en general, por la teología contemporánea. Küng reafirma la tesis según la cual el Jesús de la historia no fue sacerdote, ni teólogo, ni asceta monástico: le describe como un narrador público, un relator de historias, que inspirado en las experiencias propias y ajenas, las convertía en experiencias de sus oyentes. Tampoco lo considera un militante o simpatizante del partido liberal-conservador en el poder, no perteneciendo a los saduceos, el partido de la clase privilegiada, ni preocupándose del *statu quo* religioso-político. La preocupación de Jesús se centró en buscar un futuro mejor para el ser humano y el mundo, entendido como el reinado universal de Dios (cf. p. 37). Jesús, como predicador ambulante, proclama a todos la “buena noticia” del inminente reino de justicia, gozo y paz del Padre. “Este mensaje, tan gozoso para el pueblo, no busca evidentemente el mantenimiento del orden establecido. [...] El mensaje de Jesús era, indudablemente, revolucionario, si por revolución se entiende la transformación radical de las condiciones existentes o de la situación dada” (pp. 39ss.).

Pero el Jesús de Hans Küng no es un revolucionario social, ni su mensaje del Reino resulta en un programa político-social. Busca la transformación de condiciones de vida, pero no pretende, a manera de los revolucionarios celotes, levantarse en armas. Haciendo un análisis de las condiciones y esperanzas libertarias del movimiento revolucionario en Galilea, el teólogo niega que el anuncio de Jesús incluyera una teocracia o democracia nacional religioso-política mediada por acciones violentas; se trata del anuncio de la soberanía de Dios, que ha de buscarse sin violencia. Haciendo eco de los relatos de la entrada triunfal en Jerusalén, la purificación del templo, entre otros, nos recuerda que Jesús, “cuestionó en sus fundamentos el sistema religioso-social judío, el orden vigente de la Ley y del Templo; y en este sentido, es como su mensaje tuvo consecuencias políticas. Pero dentro de ello, a la vez, no hay que perder de vista que para Jesús la alternativa del sistema, del establishment, del orden vigente precisamente no es la revolución político-social” (p. 47). Por otro lado, para el autor, Jesús tiene conflictos con la moral piadosa y el legalismo imperante, porque su característica es el compromiso liberador (cf. p. 63); su revolución proclamada es la no violencia: la del amor, el perdón incondicional, la exaltación a los pacíficos y la disposición al servicio.

Los dos capítulos siguientes tratan de la vida, mensaje y ministerio público de Jesús divididos en dos momentos: *La causa de Dios* (cap. III) y *La causa del hombre*

(cap. IV). La causa de Dios, tiene como centro el reinado de Dios. Jesús no se pone a sí mismo en primer plano, sino que “se repliega tras la causa que él defiende” (p. 75), que no es otra que la causa de Dios Padre en el mundo. Aún cuando la visión de mundo de Jesús estuviera ligada a la mentalidad y horizonte apocalíptico de la época, su perspectiva del Reino –*causa de Dios*–, tendremos que redimirla de las posturas apocalípticas y entenderla como *promesa escatológica*, donde el presente del ser humano remite al futuro absoluto de Dios, y el futuro de Dios se instala desde ya en el presente humano (cf. pp. 77ss.). Por ello, el ser humano no ha de tomar como definitivas las realidades del mundo y de la sociedad, sino afirmar un reino “de plena justicia, de suma libertad, de amor inquebrantable, de reconciliación universal, de paz eterna” (p. 76), que, “por Jesús, ya tiene fuerza y efecto en el presente” (p. 78). Si el *mensaje* de Jesús se centra en el reino del Padre, sus *acciones* las focaliza Küng, en (a) los milagros y (b) la postura crítica de la ley. Sobre la comprensión de la actividad taumaturgica de Jesús, invita a superar la tensión existente entre una concepción moderna tecno-científica-racional del mundo y la experiencia de los milagros. En tiempos neotestamentarios, al no existir un pensamiento científico, se juzga corriente, ordinario, el hecho de que se produzcan milagros, y éstos no como contradictores del orden natural, sino como acciones que provocan asombro y que hacen manifiesto el poder de Dios. No hay duda de que los milagros de curaciones y liberaciones de demonios tuvieron, al menos, alguna ocasión histórica, aunque ésta no se pueda reconstruir con exactitud, pero lo que interesa, tanto al evangelista como a Jesús, es lo que ellos testimonian sobre el Maestro y el hecho de que él se acerque y se vuelque a los débiles y marginados (cf. pp. 86ss.). El capítulo fuertemente antropológico, *La causa del hombre*, está indisolublemente ligado al mensaje del Reino de Dios, el cual implica: (a) un proceso de humanización del ser humano, y la expectativa jesuológica de una transformación integral radical y orientación de la vida del hombre hacia Dios, en cumplimiento de la voluntad inequívoca de la voluntad de Dios: el bien –entiéndase, salvación, liberación, dignificación– del ser humano, en un espacio de libertad que relativiza las instituciones y las jerarquías humanas; (b) la clave del *amor*, no genérico, abstracto, ni teórico, sino concreto, a Dios y al prójimo, que condensa y resume todo mandamiento, donde el primero, el amor a Dios, constituye la fundamentación última del segundo, y a su vez, el amor al prójimo, aporta el nivel de concreción y realización del primero: “partiendo del amor incondicionado a Dios, que todo lo engloba, se puede amar radicalmente al prójimo como es, con todos sus defectos y limitaciones” (p. 106); y (c) las palabras liberadoras de Jesús, ligadas a la praxis, orientadas a la acción, es acontecimiento

(*Ereignis*) que abre la posibilidad de una transformación radical del sentido de la vida para los más desfavorecidos (mujeres, niños, pueblo religiosamente ignorante, pobres y fracasados morales).

En los capítulos finales se trata el conflicto, juicio, muerte y resurrección de Jesús (caps. V-VI), para culminar con las consecuencias y el impacto del Maestro en una práctica ética, verdaderamente humana, y por lo mismo, auténticamente cristiana (cap. VII). Quizás sea relevante destacar que Küng recoge las tesis tradicionales de la *theologie cruxis*, cuando afirma que Jesús mismo entra, al no estar alineado con ningún grupo de poder, en un conflicto social, tanto en contradicción con la situación vigente, como en contradicción con los mismos que se oponen; en otras palabras, que el conflicto y la muerte de Jesús, que él mismo anticipó, se produce por su oposición a todo lo establecido según las normas y cánones de la sociedad palestinese. Siendo un hombre de origen humilde, desprovisto de prestigio familiar, falto de formación, sin oficio y sin el apoyo y cobertura de un partido o grupo político, entra en un peligroso juego con el poder, al mostrar su particular identificación de la causa de Dios con la causa del hombre:

No había asumido ninguno de los papeles previstos; para la gente de “ley y orden” se mostró como un provocador peligroso para el sistema; a los activistas revolucionarios los desilusionó con su pacifismo sin violencia; a los ascetas pasivos y separados del mundo, por el contrario, con su desenvuelta mundanidad; a los piadosos adaptados al mundo, por último, les pareció muy poco comprometido (p. 131).

Ante este Jesús pareciera fácil escandalizarse. Tiene demasiadas pretensiones frente a su propia insignificancia, y transforma demaciado y revoluciona la imagen de Dios. Sin embargo, pareciera con Küng que las causas religiosas, aquellas que le llevan a la subversión de la lógica legalista e institucionalista de la religión de Israel, ocuparan el primer lugar, aún por encima de los factores de orden histórico y político, aquellos motivos y condiciones políticas del juicio, condena, tortura y ejecución de Jesús que han sido señalados reiteradamente en la investigación y exégesis crítica como causales directos de la cruz histórica (cf. Gerd Theissen, *El Jesús histórico*). A este Jesús que se toma libertades religiosas, que predica la gracia/gratuidad de Dios y que otorga el perdón de los pecados, pero que en Küng es eminentemente pacifista, se le hace sufrir por considerársele fundamentalmente “maestro de falsedad”, falso profeta, blasfemo contra Dios, seductor del pueblo y enemigo contra Dios (cf. p. 158): “el violento final de Jesús estaba ya implícito en la lógica de su predicación y de su comportamiento. Su pasión

vino a ser mero efecto de la reacción de los guardianes de la ley, el derecho y la moral frente a toda su obra. Jesús no solo fue sujeto paciente de su muerte; también la provocó activamente. Para explicar su condena, basta su predicación; para dar razón de sus padecimientos, bastan sus acciones” (p. 157).

Es sin duda, un texto y un Jesús, que Hans Küng nos regala, para leer y compartir en círculos de lecturas, no necesariamente especializados mas sí interesados en una fe creyente crítica; para comentar, reflexionar y discutir también en academias teológicas; y sobre todo para movilizarnos al testimonio de Aquel que es modelo de vida y fundamento de una auténtica espiritualidad y praxis pastoral cristiana.

Loida Sardiñas Iglesias
Doctora en Teología
Facultad de Teología
Universidad Santo Tomás